

La Unión Vascongada

DIARIO MONÁRQUICO

Año IV.

Servicio telegráfico,
postal
y telefónico.
Información general
y regional.

Redacción, Administración e Imprenta: Loyola, X, bajo
TELÉFONO 162

San Sebastián.—Lunes 19 de Noviembre de 1894.

Revistas extranjeras
literarias,
artísticas, industriales
financieras interesantes
y de salones.

Núm. 1.157

De venta en Madrid: calle de Carretas, esquina á la de San Ricardo, puesto de periódicos.

Probad el Cognac

HENRI GARNIER & C.

DEL LIBRO

"ITALIA Y LA PEREGRINACIÓN"

DE DON ALFREDO DE LAFFITTE

El paso de los Alpes

La imponente muralla alpina que, vista desde la llanura de Turín, aparece como barrera infranqueable que cierra el paso en el horizonte, y á la que se dirige con vertiginosa carrera el tren que nos conduce, comienza á adquirir á nuestra aproximación el aspecto abrupto de todo terreno montañoso.

Al atacar las primeras estribaciones de la colosal altura, llevamos doble máquina, á la cabeza y á la cola del convoy, y éste, rechinando con el peso de su carga, se esfuerza en ir subiendo por camino tan fatigoso.

La llanura desaparece, y á los pocos kilómetros de internados en el flanco de la montaña, cruzamos por entre frondosas cañadas y callejones de roca cortada á pico.

Largos túneles y atrevidos viaductos se ofrecen á cada paso para salvar las pendientes; y la locomotora rugiendo siempre y dejando escapar de sus válvulas nubes de vapor, hace los imposibles para llegar á la divisoria del otro lado de la cual está la Francia.

Las crestas nevadas (á pesar de hallarnos en Mayo) de la enorme masa de montañas, parecen señalarnos el derrotero, formando dos líneas paralelas, en el fondo de las que el tren avanza á toda velocidad, enviando su penacho de humo á mezclarse con la nieve.

Del cómodo vagón que nos transporta por entre aquellas anfractuosidades, la mente vuela á posarse sobre uno de aquellos añilados riscos y desde él observamos nuestro propio tren.

Diríase un largo gusano negro que se arrastra por la pendiente.

Mirando con mayor detenimiento, los coches parecen casitas con ruedas, que huyen á todo vapor del peligro de ser sepultados en tan horrible abismo.

Antes, el único medio de atravesar los Alpes era á pie, y con penalidades sin cuento; ahora, gracias á los adelantos de la ciencia, se pasan con comodidad, arrellanado en el asiento, ó comiendo en el vagón restaurante.

Estas ventajas evocan el recuerdo de lo pasado, y nos traen á la memoria la escena de las vicisitudes de Anibal cuando cruzó por estos montes para invadir con su ejército la Italia.

Empleó quince días en atravesarlos, y pereció en ellos la mitad de su gente y de sus elefantes.

Hoy, mediante una serie de largos subterráneos, se va de una nación á otra en contadas horas.

En los Alpes hay carreteras existentes desde tiempo inmemorial y cruzadas por anchos caminos; otros á propósito sólo para caballerías; otros, en fin, y éstos son innumerables, verdaderas sendas que sólo pueden recorrerse á pie. De estas últimas hay centenares, desde el solitario atajo buscado solamente por el pastor ó el contrabandista, hasta aquellos senderos entre precipicios y glaciares en el interior de las montañas, que eran al principio apenas conocidos por el cazador, y hoy son muy buscados por la nueva generación de los trepadores de los Alpes.

El tren sigue su carrera sin más detención que la reglamentaria en las pequeñas estaciones del tránsito; el paisaje es cada vez más rústico y el cultivo cesa de todo punto; los pinos viejos y aleros florecen aquí y allá entre desprendidos peñascos.

Las rocas dominan por encima, á manera de arcos, los oscuros precipicios, bordeados de silvestres flores y zarzales. La sombra profundidad de los desfiladeros, los ejércitos de pinos que cubren las laderas y los contrastes de colores que producen los reflejos del glaciar con los rayos del sol, constituyen un apunte interesante, difícil de borrar de la imaginación.

En el panorama alpestre la brutal realidad de la lucha humana muestra sus huellas.

Las dos naciones vecinas han procurado sacar partido del terreno para construir trabajos de defensa; fuertes y fortines, en los que asoman de un lado las plumas del bersagliero, y del otro la boina del soldado alpino, y que dan idea de lo terrible y encarnizado que sería un combate en este laberinto montañoso.

Italia no ha perdonado la entrada de túnel, ni cabeza de puente, ni paso de carretera sin fortificar más ó menos, según la importancia del caso; y, por su parte, Francia ha hecho otro tanto en la vertiente de su frontera.

Hay blocaus, uno enfrente de otro, á tan corta distancia, que es un reto permanente entre franceses é italianos.

Llegado á Susa, el tren toma mayor descanso, y aunque de aquí faltan algunos kilómetros y dos ó tres estaciones antes de alcanzar el célebre túnel del monte Cenís, que flanquea la inmensa montaña, el verdadero punto de acceso directo á la cima es desde Susa, porque la grandiosa mole está situada entre esta villa italiana y la francesa en Savoya de *Lans le Bourg*, formando el nudo de los Alpes *Cotiniennes* y de los Alpes *Grées*.

Su mayor altura es la *Roca Miguel*, á 3.500 metros sobre el nivel del mar, y presenta una planicie cubierta de vegetación, en medio de la que existe un lago de dos kilómetros de largo por uno de ancho, y cuyas aguas corren monte abajo por el riacho *Cenisia*.

Esta garganta del Cenís era el paso más frecuentado antes de construirse el ferrocarril. Napoleón I hizo abrir en 1802 la actual carretera, de ocho metros de anchura, que viene de *Lans le Bourg* á Susa en una longitud de 85 kilómetros.

Hay en ellas casas de refugio, un convento de Benedictinos y un hospicio, cuya fundación se atribuye nada menos que á Carlo Magno; pero todo esto ha perdido su interés desde la apertura de la línea férrea.

En los grandes Alpes, excepción hecha del observatorio del Monte Blanco, el San Bernardo es la habitación más elevada de invierno que se conoce.

El Monte Blanco (5.000 metros), el Monte Rosa (4.600), el gran San Bernardo (2.500) y el Pico del Gigante son las mayores elevaciones de la cuenca central próxima al Monte Cenís, que tiene 2.100 metros; y el Danubio, el Rin, el Ródano y el Pó nacen en esta magestuosa cordillera alpina.

Antes de embocar el larguísimo túnel de la divisoria, de 18 kilómetros, el tren desde su salida de Susa, pasa por las estaciones de Exilles, Oulx y Milloves.

En Bardonecche hace alto para tomar fuerzas y precipitarse definitivamente en el gran subterráneo, que divide dos pueblos de la misma raza y de las mismas costumbres, aunque enemistados por la política.

Los veinte minutos que tarda en recorrerlo dan lugar, en aquellas oscuridades, únicamente alumbradas por el mecherillo del vagón, á serias consideraciones sobre estos dos países separados tan sólo por unos kilómetros de tinieblas.

El rayo de sol que se recibe en la estación mixta de Modane vivifica nuestro ser algo yerto con la continuada falta de luz natural.

Este Monte Cenís ha sido el primero de la cordillera de los Alpes que fué alumbrado con rieles y atravesado por la locomotora.

Más tarde se abrió el paso del San Gortardo con un túnel que ha relegado al del Cenís á segundo término, y en los actuales momentos se trabaja para horadar al Simplón, abreviando la distancia de Italia y Suiza.

En la Aduana de Modane registran los equipajes, por cierto con mucha cortesía, mujeres, que ignoramos si tendrán la categoría de vistas; pero su vista es de líneas para encontrar entre los diversos bultos las cajetillas de cigarros.

De Modane desciende el tren al valle del Ródano y se bifurca en las estaciones de Culoz y Amberieux en varias líneas que van á parar á distintos puntos de Francia y Suiza.

Cuando se hace el viaje de Francia á Italia por este mismo camino no hay más que invertir, con muy pocas variantes, los términos de este relato.

Italia posee tres líneas de ferrocarril á través de los Alpes, y pronto añadirá

una más, de la que ya hemos hecho mención.

La primera es la que acabamos de pasar. De Turín, por el Monte Cenís y Modana á Chambery, Grenoble, Lyon y Ginebra.

La segunda de Milán por el San Gortardo y Altorí, á Lucerna y Zurich.

Esta es la directa para embarcarse en Brindisi con destino á la India.

Y la tercera de Verona por Trento, á Innspruch en el Tirol.

La de Milán, por el Simplón á Lausanne y Ginebra por Martigni se concluirá en breve.

Contando con ésta, tiene Italia seis líneas para comunicarse con Europa, porque á las cuatro ya indicadas que han agujereado los Alpes, hay que agregar la de la costa del Mediterráneo, de Génova á Niza, y la de Venecia á Trieste en la costa del Adriático.

ZERURÁ

Decía Lamartine en uno de sus más generosos arranques poéticos que la plegaria y el amor eran las dos únicas cuerdas de su lira. Estas dos cuerdas, que vienen á redondear á una sola, puesto que la plegaria no es en realidad sino una forma, la más natural y hermosa del amor de la criatura á su Creador, son también las dos únicas cuerdas de la lira de Antonio Arzáca, las únicas que ha pulsado cuando ha escrito sus sencillas efusiones personales, sus himnos de amor á Dios y á la patria y sus dos recientes poemas *Maricho* y *Zerurá*, que entrambos no constituyen más que una obra dividida en dos partes, nacida de dos alientos, pero inspirada por un sólo motivo y perfumada por un sólo aroma: por el aroma indefinible, vagamente suavísimo y delicioso que espesore la amorosa flor de la esperanza.

Aún no hace un año que vó la luz pública, y fué saludada con anónimo aplauso, la primera parte de esta obra. Arzáca, como si quisiera justificar las esperanzas que entonces abrigáramos cuando nos complacimos en acoger con entusiasmo la aparición de aquella sencilla, pero conmovedora historia de amor, en que sobre otros dones muy estimables, brillaba el don capital de la poesía moderna, el don de lágrimas, ha lanzado á los vientos de la publicidad una nueva producción de su ingenio, destinada á ser coronomiento y epílogo de *Maricho*, sin que le arredre aquello que dice el refrán de que *nunca segundas partes fueron buenas*. Y ha tenido razón en no arredrarse, porque en este caso, como en otros muchos, el refrán está desmentido por la realidad.

Zerurá es la historia de Maricho después de la muerte de su amado, narrada al poeta por la misma interesada, y transmitida luego á nosotros en versos sencillos y espontáneos, cuya finidez y naturalidad cautivan y avasallan. El amor que la angelical doncella tuvo al valiente y rudo pescador que pereció heroicamente en aguas de Pauterrabie, queriendo salvar de la muerte á su mismo rival, no se extinguió porque hubiese desaparecido de este mundo el objeto de sus amores.

El amor de *Maricho*, hondo y verdadero por lo mismo que no necesitó de melosas y estereotipadas frases para manifestarse, sino que permaneció callado y oculto en los repliegues más íntimos de su ser, en el ápice y centro de su alma, se engrandeció y apareció más depurado y limpio de toda escoria de egoísmo cuando Anton, que así se llamaba el pescador, hubo traspasado los umbrales de la eternidad. Es que la muerte no tiene fuerza bastante para romper los lazos del amor, cuando este es verdadero como el *Maricho*: por el contrario, los anublaece, los transfigura, los sublima. Y ha hecho bien el poeta en poner este amor en el corazón de una sencillísima doncella, no acostumbrada sino á la compañía de los corderos, de los pájaros y de las flores, oriunda angelical, que no sabe expresar sus afectos, pero que sabe callarlos, y sabe también conservarlos con inquebrantable perseverancia, á despecho de todos los obstáculos y á despecho de la misma muerte. Por más que nuestra flaca condición y la sociabilidad propia de la naturaleza humana nos lleven á creer con entusiasmo en todos aquellos afectos que se nos pregonan mucho, y se nos muestran por medio de dulcísimas y encantadoras palabras, quizá no haya cariños más profundos y verdaderos que los se ocultan y callan cuidadosamente, y no encuentran, cuando más, otro medio de manifestación que una lágrima furtiva.

A esta clase de cariños pertenece el que *Maricho* tuvo á su amado Anton, y que, después de la muerte de éste, le llevó á recoger al hogar de su abuelo á la anciana y desventurada madre del bravo pescador, para prodigarle todos los consuelos

imaginables, y hacerle más soportables y hasta dulces los últimos años de su triste vida. Y esa práctica del bien, y ese cuidado exquisito, y esa tierna solicitud por la madre de Anton, suavizaban en el corazón de la doncella la tristeza imborrable que padecía por la muerte de su amado. Podemos decir de ella, como dice el poeta, que vivió esperando siempre y siempre amando.

El amor, el dolor y la esperanza están tan íntimamente unidos de ordinario, que es imposible amar sin sufrir, ni sufrir sin esperar. Y *Maricho* amó, sufrió y esperó... y oró, porque la oración, que nos eleva sobre las miserias terrenales, nos endulza el sufrimiento y vigoriza la esperanza y transfigura y purifica el amor.

El tránsito supremo de *Maricho* fué tranquilo, suave y sosegado como había sido el curso de sus días.

Después de todo ¿qué importa la muerte á quien vive amando, y llorando muerto al objeto de sus amores? ¿qué es la vida para quien así vive más que un aspirar incansante á otra vida que se prolonga, sin término y sin nabe, más allá del sepulcro? De esta fugacísima brevedad de la vida terrena dice Arzáca, con admirable sobriedad, en el poema que nos ha sugerido estas consideraciones:

«Luz joan, ta orañi esan
ordoko pasarik,
jgeldiken zaigu ezer
gero bat besterik?..»

«Verdad profunda que tras á la mente el recuerdo de un delicadísimo madrilal acónimo italiano, que con elegante concisión declara que la vida no es más que una memoria, una esperanza, un punto!

Maricho, según nos refiere el poeta, supo vivir consagrada al recuerdo de su Anton, mirando alternativamente al cielo, donde esperaba encontrarle un día venturoso, y á la azulada extensión del Océano, que fué su gigantesca tumba.

Como se ve por lo que queda dicho, apenas se describe en *Zerurá* más que un estado de alma; pero con todo y eso, de tal manera está sentido y expresado ese estado de espíritu, y tanto ha ahondado el poeta al mostrárnoslo vivo y palpitante, que cual si uno cayese en las redes de un mago ó de un encantador, sentimos con *Maricho*; y al leer la descripción de sus sufrimientos, de sus esperanzas y de sus amores se levanta, á manera de tempestad de afectos, algo que permanecía oculto é ignorado en lo más hondo de nuestro ser.

Esa es la virtud y el gran triunfo de la poesía lírica digna de este nombre: resultar intérprete de sentimientos universales, alcanzar la universal poesía de la esperanza, del consuelo, de la alegría ó del dolor humanos cuando parece que no se propuso más que expresar esperanzas, consuelos, alegrías y dolores puramente personales.

Sólo por este triunfo, tan grande como difícil, merecería el poema *Zerurá* que le saludáramos con tanto entusiasmo, cuando menos, como saludamos á su precursor. Si bien en *Maricho* hay más concentración de afectos, y una manera más rápida y nerviosa de expresarlos, esto nace de la misma naturaleza del poema y de su carácter, mucho más dramático que el de *Zerurá*. Parece que aquí se complace el poeta en la contemplación amorosa de aquella tristeza muy positiva, muy honda, muy verdadera, pero al mismo tiempo muy dulce, apacible y consoladora que se llama nostalgia del cielo, y constituye una de las mayores y más caudalosas fuentes de poesía, de tal manera que juzgamos imposible que en tiempo alguno haya podido vivir el hombre sin sus divinos halagos. En *Zerurá* todo respira nostalgia del cielo, desde el título, que es de suyo bien expresivo y elocuente, hasta aquella breve, pero arrebatadora efusión con que el poeta saluda á la amorosa flor de la esperanza, al cerrar su poema con llave de oro.

Sentimientos que son tan poéticos de suyo, expresados con sencilla emoción y en forma galana, sencilla y noblemente popular, no pueden menos de constituir una obra que, en justicia, merece el calificativo de artística. Y así es *Zerurá*. Ni en *Maricho*, ni en parte alguna quizás, ha escrito Arzáca nada más poético que aquella admirable descripción de las agrestes y selváticas evacuadas en que tiene su nacimiento el Urumea. En esa descripción, que constituye para mí uno de los mayores encantos del nuevo poema, está la poesía de la naturaleza hondamente sentida y felizmente expresada.

No es la naturaleza modificada por el hombre la que entusiasma al poeta y le hace prorrumpir en cantos que tienen cierta religiosa exaltación: es la naturaleza montañesa y brava, en que los árboles centenarios, las peñas abruptas y los saltos de agua forman un conjunto primitivo, que atrae por su misma rústica armonía. El nos lo dirá con generosa elocuencia, dejándonos arrastrar por la onda de poesía que se desborda de su alma al con-

templar la naturaleza enskara tal como debieron contemplarla los hombres de otras edades:

«Gizonak alchattak
badira erriyak
Jangoitok eginak
baso ta mendiyak.»

Al juzgar de este modo el poema de Arzáca, para nada he tenido en cuenta el fraternal afecto que me une con el autor. Lo he juzgado como si se tratara de un poema de autor desconocido, con quien no me ligaran ni siquiera los vínculos de paisanaje.

El aplauso se impone cuando se ejecutan obras tan primorosas como *Zerurá*, y cuando de esta manera se sabe demostrar, con la irresistible elocuencia de los hechos, que ni la gente enskara nace con incapacidad radical para el cultivo del arte semi-divino de la poesía, ni hay en la lengua de Aitor dificultades que sean insuperables para escribir poemas que ocupen lugar muy honroso, puestos en parangón con muchos muy elogiados que han producido otras literaturas. Por el concepto de arte y por el concepto de patria merece enhorabuena y estímulo el autor de *Zerurá*, y en ambos conceptos es los tributamos gustosos, abrigando la fructífera esperanza de que nuevas hermanas, no menos bellas y seductoras, han de venir á brillar en el cielo en que brillan *Zerurá* y *Maricho*.

CARMELO DE ECHegaray.

Pesca volátil.

¡Pobres pescadores!

La influencia del Sur, deja sentir sus fatales efectos en los que se dedican á las rudas faenas del mar.

Hace ya largo tiempo que cada salida iba acompañada de un penoso desengaño.

Para una pequeña cantidad de anchoa que aportaban, veíanse favorecidos con creces por las *aculas* (agujas) que son la última palabra del diccionario por lo que á la pesca respecta, y puede decirse que son á la anchoa lo que las palomitas al besugo.

Después sobrevino ó sobre agua el temporal.

Y los sufridos hombres, bien aparecidos en el portal del muelle, cruzados de brazos y contemplando la faz del tiempo, ó bien distraían las largas horas de sus obligados ocios viendo las luchas que sostenían sus inteligentes perros de aguas por alcanzar los diversos objetos que los arrojaban al mar.

Por fin, como se dice, tras la borrasca, la bonanza.

Ayer amaneció uno de esos días de límpido celaje y mar bella, de esos tiempos dorados y risueños, que debió llevar el regocijo á los ánimos de los bravos marinos.

Diéronse prisa á salir de madrugada. Pero ¡oh desencanto!

La esperanza del pescador es como flor de un día.

Dura lo que tarda el sol en el curso de una carrera.

Brota á la salida del sol, y se desvanecen cuando el astro diurno toca á su ocaso.

Otra vez la temida influencia del viento Sur.

Parecía la mañana fresca, de tiempo frío, como precursor de heladas.

Pero conforme fué avanzando el día se fué notando la acción del viento dominante, que según la aserción de los caseros, reinará hasta nuevas temporadas, por ser el que quedó dueño del campo la noche del último día de las pasadas.

Y la faena de los infelices pescadores resultó infructuosa.

Regresaban las lanchas, y aquellos corpulentos hombres tomaban tierra provistos de sus cestas con sus *tresas* ó palangres y ropaje impermeable para lluvias y atravesaban silenciosos lo largo del muelle, demostrando la más acobada resignación en medio de su infortuno.

No se veía por allí aquella multitud bulliciosa de mujeres preparadas (para agarrarse de los pelos) para adquirir la fresca mercancía y darse prisa á correr las calles lanzando al aire peñas que en forma de agudas notas se escapan de sus privilegiadas gargantas.

¡Qué triste aspecto ofrecía el muelle! Sucediáanse unas lanchas á otras, y en todas ellas se observaba el mismo negativo resultado.

Pero, no, digo mal. Hubo pesca.